

Arquitrave



Amílcar Osorio • Víctor Bustamante
Sergio Mondragón • Katalin Ladik • Arturo Carrera
Judith Beveridge • Gonzalo Mallarino
Brane Mozetic • Víctor Mantilla

Amílcar Osorio: los aguafuertes de la memoria

Víctor Bustamante



La fotografía lo revela sentado sobre uno de los brazos de un sofá, ambas manos reposan sobre sus muslos. Viste una americana, chaleco y la corbata le da un toque de elegancia.

Su mostacho y el cabello largo dan la impresión de que fuera un hippie, los espejuelos le dan cierta madurez. Placido y serio, sus ojos se han posado en la cámara. Sentarse sobre uno de los brazos de un diván, da la impresión de que estuviera de paso, que en un instante el poeta se marchará. Esa fue la primera imagen y por supuesto la que ha quedado.

Dos escritores dan una versión del poeta. Uno de ellos, el crítico literario Javier Arango Ferrer, lo había distinguido de

una manera algo distante: «*Dueño de un gran perro, como lo vi un día. Por lo delgado parecía un Picasso de la primera época, a quien no reconocí en el hombre oculto detrás de un bigote prehistórico que un día me saludó sin lograr reconocerlo...*» Darío Lemos, más cercano, da una presencia espiritual de Amílcar: «*Salvado, piedra y hierba juntas. No se equivoca. Lleva una vida deliciosa, seria. No mi maestro pero si mi 'arco'. Como un niño el más grande. Una soledad muy bien centrada*».

Amílcar como nadaísta le encantaba provocar al colocarse un guante blanco sobre la solapa de su saco o se peinaba de lado dejando caer la crencha de su melena para tapar su ojo derecho. Siempre habló de un proyecto de novela que nunca cristalizó, *Súbete todo en mí*. Vivió una temporada en Estados Unidos. Afirmaba que el único nadaísta verdaderamente intelectual era él. Siempre cuestionaba a Gonzaloarango por esas poses místicas que adoptaba.

Cierto. Existen dos nadaísmos: uno que puebla y medra los *mass*. Ya sin el efecto vital de provocar, pero también otro casi subterráneo. Ahí el mundo indiferente a la literatura como es el de Darío Lemos, la causticidad de Alberto Escobar Ángel y el continuo deslumbramiento de la poesía de Amílcar.

A Amílcar solo resta buscarlo en su único libro: *Vana Stanza*, (1984), casi clandestino, para encontrar en él a un gran poeta. Con la perplejidad que depara señalar a alguien de esa manera cuando uno cree que en nuestra literatura ya no existen escritores por descubrir.

Cuando se leen sus poemas, aparece esa sensación que Pessoa denomina *saudade*, cierta melancolía con ambigüedad entre el silencio y la perplejidad de la ausencia, por supuesto una cara ausencia.

La primera parte de *Vana Stanza*, evidencia una casa vacía, con la sola presencia de quien no aguarda a nadie, porque se ha sumido en el territorio de la soledad. El testigo, quien ha

quedado para relatarlo, espía en cada objeto el paso vital y lacerante del otro, quien ya no existe porque se ha marchado dejando perplejo al poeta en el territorio de la incertidumbre. Un tibio piso de madera, los candelabros, las puertas, la alabada complicidad de las ventanas son la huella. Y aunque la palabra tristeza no se menciona, -esa palabra tan íntima- se esconde el propio sentimentario personal y en este *tour de force* ha creado el poeta unos poemas de exquisita factura.

Sus poemas son imágenes, a veces, se tiene la certidumbre de mirar un bodegón o un fresco con un *chiaroscuro* perenne. Esas imágenes, que son sus poemas, se suceden al filo de la madrugada o a la caída de la tarde, cuando la luz, como una intrusa, define los contornos de los objetos, enseña otras líneas, apacenta los colores y los volúmenes entregan otra intensidad mientras afuera un verano tardío expresa la vida que huye.

A veces recuerdo a Velásquez antes de hundirse en la tela para expresar con sus pinceladas su «realidad» como si quisiera, en esa mirada, fijar la eternidad de lo que observa para luego plasmar lo que quiere que veamos. Así hace el poeta, las luces, sus luces impregnan sus paisajes bañados por su interiorización. Entonces uno comprende porque esos objetos que gravitan en la casa vacía le hablan.

Luego en su evolución creativa, aparecerá la obsesión por los mármoles tallados con fervor, donde la herrumbre le cautiva con su belleza mutilada. Mármoles nobles que expresan una civilización pero que también, el lento paso del tiempo, los destruye; como metáfora de lo que él denominó: «vana y violenta carne».

Alguien le ha reprochado su paisaje de halconero imaginario, pero señor de la cetrería, sabemos que el escritor establece los símbolos y límites a su arte.

Un verano cómplice siempre está presente en sus poemas; estos son sus doradas manzanas recogidas el 29 de Abril de 1962.

Amílcar Osorio

Bodegón

el cepillo para las uñas del cuerpo
un racimo de uvas sobre la mesa de la carpintería
el serrucho para partir la carne salada
de los seis y ocho años
después de jugar al tenis
una cucharada de aserrín sobre la sopa de hongos
el martillo para quebrantar los ojos
que han caído en el tarro del barniz
las nueces y un tenedor para llevar
los bocados a la lengua

Bodegón II

la mano y las naranjas redondas para la palma
aunque recoge la servilleta
como si esparciera sal para limpiar la otra
y levantar el conjuro

la piel morena de la mano
la piel naranja de la fruta
la sal y la servilleta sobre una mesa
en el comedor iluminado
por los muros de cal blanca
y el timbre del sol
en los carillones del reloj

Enigma

si dos ojos se mueven,
si la máquina se aquieta,
si el dinero se pone al rojo,
si el eco timbra austero,

el desierto se agita
maníaca y secamente,
la piel falla

Ejercicio 1

recordar el aparato llegando al astro
cada ojo de mica se ilumina intermitentemente
cada aguja oscila
cada número significa cierto camino andado
superficies por donde se desliza un líquido muy especial
también hay imágenes en diversas pantallas

dejar enfriar el café y finalmente
después de pagar consumición
salir a la calle
y mirar con nostalgia hacia arriba
aunque haya mucho sol, nubes y pájaros que ascienden
también se podrá comprar un periódico
y arrugarlo bajo el brazo

Sergio Mondragón

Partida de Itzapapálotl, madre y maestra

I

Todo es confuso en mi pasado. Todos opinan sobre él y elaboran profusamente alrededor de una misma historia, que se transforma a cada instante. Los relámpagos intermitentes que iluminan las pirámides que me dieron sustento y rostro, le dan continuidad a mi existencia. También el sol, que revienta las piedras. Y las hormigas, con su carga de maíz y chile colorado.

Pero una cosa es segura: he podido sobrevivir a pesar de mis exégetas y mis adoradores (quise decir: aduladores), los que administran desde sus autos refrigerados y por la frecuencia FM, los museos con sus vitrinas donde se venera mi efigie.

Mas nadie nota realmente mis caderas de barro, ni sabe con certeza en dónde vivo, ni ha respirado la fragancia de mi falda de seda chillona. Soy más bien una presencia que pasa desapercibida, pues todos me miran como a través de un cuerpo transparente. Mi morada fija es la conciencia de algo vivo que arde y duele en el fondo del tiempo que mana en el corazón, pero no transcurre.

Yo sé bien de dónde vengo y quién soy, aunque todos lo ignoren y me cubra el desprestigio contemporáneo y tenga que vivir huyendo, con mis cabellos en la frente y mis tacones lodosos. En el barrio de las mitologías, entre los suspiros y el acoso de borrachos y ambulantes, rento un cuarto de azotea, al que voy poco.

Los vientos de las diez direcciones trajeron las semillas que fecundaron a mi madre, que recibió una pedrada en la cabeza y rodó por las escaleras, hasta caer en el presente. Yo nací de su anhelo de lluvia y sus dolores en las sienas, que calma con rodajas de ruda; y del deseo de mi padre, que lo pidió todo dando a cambio un montoncito de pólvora que luego exigió que mi madre hiciera escurrir entre sus dedos. Mi otro nombre es Nadie, aunque muchos me conocen como Mariposa o me llaman La Negra.

Entre tantas versiones, o aversiones, fluyen mis numerosos hijos, que tienen sin embargo una certidumbre: su madre llegó hasta aquí transportada en un río de piedras, empujada por un viento que se quedó a tocar su caracol en mi vagina: el mismo aire sofocado que me acompañó en las cuevas donde me ocultaron para tapar su amor avergonzado. Pero yo he vivido sin culpa, y razonablemente feliz, apoyada en mi hijo Ce Ácatl Johnatan Topiltzin Gómez Quetzacóatl, y en mi hija Jenifer Paola Itzpapálotl Hernández Escobar, que son mi sostén y mi orgullo, aunque ellos lo ignoren.

II

Mi puro nombre de río ha obrado milagros en estas tierras, que desde siempre han producido legumbres en abundancia, y bordos vivificantes, y rápidas acequias, y alfalfares en los que he podido retozar y mancharme de un verde picoso las rodillas, lo que ha provocado el enojo de mi madre, la Llorona (lo de mi madre es otra historia y ya ha sido contada, usada muchas veces para asustar a los niños, cambiándole el nombre por el de Coco, apelativo que viene de Coqueta). La fertilidad y ferocidad de estas tierras han quedado impresas en mis ropas como un aroma, dicen que milagrosamente, y han sido adoptadas como emblema emocional por muchos de por aquí.

Por mi parte, alimento mi vida secreta, de mujer que observa constantemente y piensa a todas horas, con las imágenes vivificantes del cántaro roto y la serpiente emplumada, y con ellas mantengo templados mis instintos; digamos que son los elementos con los que me estimulo. Por eso mi marido los blande a todas horas frente a mí, contorsionándose, y su danza me mantiene satisfecha. Darle a él toda la leche de mi pecho me ha permitido vivir contenta, viéndolo crecer como un muchacho responsable, a pesar de todas sus limitaciones.

Así que pueden considerarme humana, pese a todo, ya que vean: me gusta que me masturben frente al espejito humeante en el que miro mis labios oscuros de los que veo surgir a Tezcatlipoca en el momento delicioso, con sus ojos entornados y sin armas, y con la boca arrugada de placer.

No crean, pues, que soy toda metafísica y mito, pura imagen religiosa o historia sagrada, mutilada de atributos mundanos, alegoría edificante para sostener la orfandad de mi pueblo. Hay en mí un viso de realidad y mi aliento se ha vivificado a lo largo de esta historia de amor con el latido de sus corazones, el murmullo de sus esperanzas y el olor de sus sueños, cuando los han permitido los políticos corrompidos –vaya pleonismo, hablando de mexicas- que los manipulan y gobiernan. Soy, por lo demás, una mestiza atractiva, completamente Mexicana, patronímico éste compuesto de Meseta siniestra, Jícama y Picana, el eficaz instrumento de tortura en las manos oscuras de mis hijitos los agentes de la policía, cuando interrogan a mis entenados.

III

Heme aquí entonces, al final, doblada por las reumas y convertida en el pañuelo de todos ustedes, en la penosa

condición de verme asediada por la cáfila de los ex – presidentes que sobreviven hasta hoy y esperan de mí un milagro, condenados como han sido junto con los caciques gordos de Cempoala y otros descastados a cadena perpetua y trabajos forzados (no faltó en el juicio que se lleva a cabo de manera permanente en la eternidad, el exagerado que pidiera para ellos que fueran arrastrados a cabeza de silla,

*del Zócalo a la Villa,
oh, maravilla,
una pura rencilla,*

por el caballo sin jinete de Miguel Páramo, y exhibidos luego en jaulas en las cuatro esquinas del Palacio Nacional); pero yo, una pobre mujer, ¿qué puedo hacer por señores tan poderosos? Si mis pies rajados y los jotes en mi piel, y mi cabello negro y grueso no han podido conmoverlos antes, ¿podrán salvarlos ahora que la indiferencia y la incuria, y el saqueo, y el retraso mental, y la ineficacia para gobernar y convivir, y el odio, y el éxodo, se han enseñoreado de mi tierra, erosionada como consecuencia de sus acciones, cubriendo de basura y fealdad y desconcierto los paisajes y la gente? ¿Ahora que no sólo la autoestima de los mexicanos sino también el águila de mi nahual han sido mutilados y hasta mi efigie se subasta en las banquetas de las diez direcciones del mundo, entre los aullidos de los coyotes y los ires y venires de los traficantes y sus risotadas?

¡Oh, Huitzilopochtli, mi hijito primigenio que corres silbando por las venas de todos mis otros hijos! ¡Tú que fiel a nuestras costumbres ancestrales sigues cuidando las milpas y aderezas con el sudor de tus genitales el picor de los itacates, mismos que las brujas de nuestras pesadillas llevan contentas y presurosas hasta los divinos campos de labranza! Ahora que hoteles de lujo y altivos periféricos horadan con su peso los

escuálidos pechos de los albañiles que los levantan, y las señales de las carreteras de cuota apuntan tontamente y sin falta en las direcciones equivocadas, en la esperanza de que todos lleguen primero que nadie a los infiernos; ahora que la miseria y el resentimiento se multiplican, y los piojos y el hambre devoran a estas multitudes amarillentas y taciturnas,

¡vierte tu blanco y espeso pulque sobre mis labios quemados y llévame contigo a las alturas, lejos de esta tierra desnaturalizada que ya me aburre con su empecinamiento y ha agotado mi deseo hasta el punto de hacerme sentir completamente seca ante la estupidez de que me veo rodeada!

Te prometo que regresaré a esta tierra adulterada cuando vuelva a sentirme humedecida y estimulada por la espontaneidad y la frescura que siempre caracterizó a esta gente, otrora honrada y valiente, de vibrantes voces y brillante mirada, de corazones puros y carácter templado y digno. Un regreso que te prometo para cuando volvamos a ser los mismos de ayer y de entonces, un tiempo en el que, sin embargo, ya no seremos los mismos...

*A Hilario y Micky,
de naturaleza músicos*

Katalin Ladik

Balkan Express

*¡Los mundos que regresan! Como ellos
los afilados engranajes giran hacia
la no materia, semejando los minutos que caen
hasta morir fuera de mí.*

D. Tandorf

Ahora, muy lejos de ti,
en un transoceánico sobre tus campos de trigo,
convertidos los postes del telégrafo en negros mástiles,
lejos, a la vez, como un velamen victorioso
ya no estarás aquí cuando yo llegue.

Es la agonía, la sed, voces de luto que provienen de lo más
profundo de todos los sueños.

Un susurro me inspira.
Ayer cayó aquí un Ángel.

Ahora todos escriben diarios, múltiples historias.
Un cisne y la metralla se abrazan en la puerta.
El hombre y la máquina tienen el rostro color ceniza
y vacías las cavernas de sus ojos.

Lejos y muy lejos
y a la vez próximos a ti como el gorrión que golpea los
cristales de la ventana. Empiezan a aullar dentro de mi
propio ser los grandes y negros cilindros.
¿Dónde estás?

Está aquí la más espantosa y sombría de las tinieblas.
No te quiero atemorizar con esta historia.
No esperes mi llegada.

El tiempo del camaleón

Deja el pico tras la nieve cósmica que cae.
Un remezón violento y perceptible
puede ser la causa de un mundo que nace.
Justamente, horripilante,
vuela a través de las ventanas
y no encontrará jamás el camino de regreso
dentro del frío resplandor de los huesos.

El azul de la serpiente pálido inusitado

El azul camino de la serpiente pone una capa pálida,
inusitada, y se escabulle bien lejos.

El habla de todo, en general más allá de las paredes
porque es cálida su lengua, ambas en griego y húngaro.

Comprende qué es lo que ha sido,
el benévolo sonido de las glándulas,
se sorprende de la belleza virtual,
empieza a resbalar hacia abajo,
no como una serpiente pero si como un actor que se pone
una capa oscura y huye muy lejos.

Pero en la funesta ebullición por encima de las escaleras
fue caluroso el hálito púrpura de la páprika húngara,
hebreos y griegos conocen muy bien el mundo de la libertad
y que vacío el sentido de los nombres heredados del imperio.

Pero el día fue cálido y lleno de poesía
y pálido el inusitado camino azul de la serpiente.
Entonces su alarido lo arrastra a las profundidades del
abismo diferente a la serpiente alada o al reloj del abuelo
que desea solamente la caída, volar y ser libre,
como si se colocara los plumones de un pájaro negro
sorprendido por la belleza de lo insondable,
encontrándose a si mismo entre la golviza de los huevos
pálidos y los riscos de los arrecifes,
batiendo su propia cola.

Para Kavafis

EL ARBOL DE LA VOZ.

Los poemas de Arturo Carrera van del hijo al padre, se reposan un instante en esa fuente, río arriba, y vuelven al belicoso vástago, al que ha nacido para diseminar los átomos rojos de la sangre familiar. Enlazan, con fibrillas de oro, las ramas del árbol genealógico; anulan y desmienten la sucesión: ¿quién precede a quien, el que pide la luz y empuja las paredes opacas para nacer, el que trae un grano de jade bajo la lengua, o el que, con la escritura rugosa y láctea del semen lo genera, lo expulsa, miniaturizado y virtual, blanco, desde su adentro, desde la flor de sus chakras?

Poesía de la desinencia. Fosforescencia genética que recorre el canal seminal, el de la transmisión de la energía y del habla. El hijo silabea, balbucea, entona, canta. Vuelve a cantar solo en la noche, descifrando el jeroglífico astral; el padre está en su cénit, meridiano, vigilante, hipogrifo austral.

Habitar estos poemas es unirse de nuevo con los ancestros, escuchar la voz paterna y engendrar en su eco al hijo. El que se traga los poemas, como una piedra sagrada que contiene un mantra, es como si volviera a nacer.


Severo SARDUY.

París. 25. VI. 88.

Arturo Carrera

Carpe noctem I

...naturaleza efímera
cuando intentamos conocernos,
cuando creemos besarnos para que se borre
el contorno de los estólidos cuerpos.

Hijos de nadie besando perdidos
el venero del suspenso en una piel ignota
que por instantes veneramos.

Infinito y real inmerso en lo continuo,
en el reflejo de los vestidos invisibles que hablan,
los tules que parecen ofrecer gestos lentísimos
y el sombrero inclinado
de un hombre sin identidad,

pedras acaso,
en el inventario de pedruscos del espejo.

Carpe noctem II

Pusiste música:
arias de Satie no escritas nunca pero
memorizadas de pronto: la infancia.

Y aplastados por la muela del Amor;
pues ¿qué sería si vos fueras sólo una criatura humana
y no el túmulo que de noche esconde
secretas penas en secretas canciones?

Carpe noctem III

Los niños. Los hijos. Y lo que es peor: lo que ellos
nos hacen «creer» cuando nos acercamos,

el hilo de su dolor,
el discernimiento —niños; sí, niños
aunque parezca mentira.

esa repetición
esa inclemencia

Carpe noctem IV

Y formas deshechas también,
que en la inmovilidad aparente de una visión
corrigen su propia aniquilación,
su propio exceso:

«no estás, no sé si estarás...»

Tu muerte aseguró que mi presencia
fuera exigua en esta noche.
Y que tu presencia degradada fuera el tesoro,
el *potlatch* que me provee tus dones.

La pérdida útil de riqueza acumulada
en el erial sin tiempo
donde nuestro gozo como cizaña creció,
tan real entre los sueños reales
pero tan inalcanzable entre las cosas que dijimos.

Carpe noctem V

Y sexo, sí: en lo que cada mota de color,
cada explosión, cada
ploteado,
cada nueva ilusión cromática viene a traernos
de sus
pegoteos de espuma

niños y niñas en un amargo torcer
lo que se mira:

«Queríamos que esos niños pintados
nos hablasen,
que esos grumos de color en relieve simularan
joyas y juguetes de una alegría perdida...»

carpe noctem

Carpe noctem VI

Límite de lo útil también como materia;
un continuo anhelo de amor
dicho y contenido no visible:

en cada ínfimo no su goce replegado.
en cada ínfimo sí su punta de sosiego.

y...huellas de un parvo decir cada día. En la tela,
en la lluvia, en la Historia.

¿de la grandeza de cuánta felicidad
se precipita nuestra búsqueda?
De un tiempo que sólo parece medir
el canto del grillo.

Judith Beveridge

El mar

The sea should have settled him

Derek Walcott

Por ahora el mar debería haberme calmado,
una mujer corre las cortinas a través de la distancia tenue
dentro de la espuma del mar y la niebla,
así va la luna raspando

a través de mi visión, como un cauri que desaparece bajo
el rápido oleaje. El viento me calma, las nubes claman y
reclaman la ráfaga a través de mi ventana

donde ninguna gaviota renueva su grito
todavía ningún sol azota la luz gris del mar,
todavía están las mismas apuradas mañanas,
y los mismos horizontes.

Donde cada día el mar y el cielo convergen
hasta que el aire comienza a ser tangible,
mis nervios se juntan en el espacio blanco
entre el reposo detrás del picaporte y mis ojos cerrados.

Algunos marineros se juntan en el aire.
Como páginas saladas
las cortinas soplan como enormes olas sin gaviotas
que les ofrece lo que ya conocen del oleaje...

El cardumen que es parte del alma madriguera
dentro de aquel hoyo, hambrientas y preparadas para morir.

Una mujer en el puesto de la feria

Ella rompe la forma encima del cántaro.
Me gusta mirar cómo la luna
agrega hielo a la orilla transparente de sus labios.
Ella prueba para que sea muy picante,
yo la observó a suficiente distancia;
esos palitos de cimarrón flotando en medio
de sus largas y planas cucharas.
¡Ah! puede que haya un pájaro aleteando
fuera de la inmensa maleza.
Por su dulce oasis, donde el hombre también
huele a suspiros de cedros y polvo,
es él quien ha venido a pagarse a si mismo.
Escucha el dúo de cucharas y brazaletes...
Mira su rostro encima del vaporoso cántaro.
Encima de la dilatada leche donde la imagino
solitaria con todos sus recientes disfraces;
abierta a las intimidades de su sed de aquellos días
llenos de escenas, de tierras sombrías,
de anhelos agitados ante la oscuridad.
Del remoto sonido de las dunas moviéndose
bajo las alas del pájaro.
Son el sonido bucal que hace su mirada,
encima de su líquido trémulo.

Ella examina los ingredientes,
las cucharas van adentro,
y sus brazaletes rebanan el aire
con una música suave de marimba;
la misma que tú has escuchado en algún remoto lugar.

Así es como prepara la más solitaria de tu tarde...
Ella absorbe la última cuchara, moja el aire,
revuelve los granos picantes de las hojas verdes de la belleza
esta mujer que nos llama hacia adentro,
nos dibuja su talento
en un aromático artificio,
como una ilusionista,
y sabe lo que puede y lo que no debe ganar
Desde aquel inconmensurable filo...
esta mujer que trabaja en la ardiente suplica
de su ilusión, de su distancia,
aquellos que la escuchan cualquier cosa que pueden,
en medio de suaves resoluciones y enormes brazaletes....

Ella sopla el fino silbido del vaho,
lentamente como si sostuviera en sus labios
la húmeda mejilla de aquel hombre,
si bien ella consuela a todos
los que han venido arrancando de algún lugar
para dibujar en la calle la necesidad de la ternura.

El nudo

Grennan toma otra hebra de la cuerda entre sus dedos,
la mueve como un avión. Entonces la entrelaza
dándole dimensión, utilidad y belleza,
luego, de su botella se toma un trago.

Sopla como si fuera a dar un tono de corneta;
moviendo de nuevo sus dedos delicadamente,
como si estuviera cantando los versos gracias al ron,
o los salmos en el alfabeto de los sordomudos.

Davey dice: 'Él tiene una docena mas', sus dedos
también hacen camino en un laberinto,
yo persisto mirándolo maravillado
como este hombre que todo el día hunde los rollos
resbaladizos,
en piezas de los motores.
Y culmina adentro de la trementina,
que corre por sus dedos.

Son esas manos que han sentido
la brutalidad helada del mar
y el nido lúgubre cruzando la matanza de gaviotas
las que pueden hacer una mancha minúscula,
dar vuelta y conjugar la belleza.
Él se limpia su boca con sus mangas
dejando una mancha impasible, estrecha en el mar
un liquido sangriento a las afueras de Noruega.

Entonces consciente de que lo he estado mirando
mueve el nudo como si este fuera un pez vivo
y hendiendo el pulgar lo abre con un golpecito
y le da vuelta para que las aletas trencen algo,

o se da vuelta y lo tiende ante la lengüeta
y lo tira desde su garganta...

Siento un desenmarañamiento dentro de mi
como si fuera la segunda hendidura que tengo que decidir:
si pescarlo o no.

Gonzalo Mallarino

Fotograma

Gotas temblando. Agua sólo.

Después la mano. El dedo delgado. Transparente.
Y el cielo oscuro. Las nubes
cuando finalmente ella
se puso a llorar delante de la ventana.

La llamaría Adelaida. A esa mujer que llora así.
La nariz. Las lágrimas rosadas.
Los poros. Los vellos sobre los labios.
La luz muerta en el pelo.

Apuesto a que los ojos eran grises. Aunque sea
para que yo pueda decir que era una mirada
de ojos grises. Una mirada
hacia un parque en el que los pinos
se estén llenando de gotas y el silencio se tienda por el
pasto.

Un silencio llegando por el pasto hasta donde yo estoy.
Para que pudiera yo mirar y escribir esto.

Es dulce esto

La tarde de las manos.

La boca. La inclinación. La ciudad
recomenzada.

Los árboles. Un piso de adoquines. El pelo
triste. Las resinas del mundo.

Te juro que sentí algo moviéndose en
el bosque. Un ciervo sobre las hojas mojadas.
Bajo las ramas delgadas y grises. Y nosotros ahí
sentados. Sobre el piso de Bogotá. Cubierto
de hojas carmelitas y musgo. Yo pienso hoy en día
que es dulce esto hallado en
un cuello. Hallado en el dividirse
el pecho de una mujer.

En una mitad recuerda ella.
En la otra recordaré yo.
Me entristeceré yo.

Tiempo

Queda algo de las cejas. O del mentón.

Lo otro se va olvidando. A fuerza de pensar. En este caso recuerdo unos ojos pardos y un poco las cejas como dije. Pero no el rostro completo. No la flor en su conjunto como quisiera verdaderamente decirlo en este momento.

El tiempo se mete entre los vidrios. Borra las cosas y las voces que estaban.

Yo creería que lo único son los ojos. Y sólo a veces. Los ojos tienen siempre una tristeza que puede dudar.

En cambio las voces. Las manos. Las bocas. Todo se hace astillas. Particularmente los brazos se hacen astillas.

Ya el vientre sembrado que respirábamos. O los muslos dulces. Eso se ha perdido casi como si no hubiera sido nunca. O como si no hubiéramos sido nosotros.

¡Qué dolor! ¡Como si no hubiéramos sido nosotros!

A veces en Bogotá

A veces en Bogotá el sol se queda más quieto.
Más segundos sobre las cosas.
Sobre la hierba o sobre las matas
del jardín. Y vuelve el olor.

El líquido de las cosas.

Puede aromar y el sol lo trae entre los dedos.
Lo deja caer despacio sobre todo lo que el alba dispuso
para ese día. O para esas personas que estaban.

De un momento a otro recuperamos una mañana.
Un rostro de mil novecientos sesenta y pico.
Cuando la vida era menos oprimente.
Menos un fardo digamos. Y todo gracias al olor.
Al no yacer más los recuerdos. Al haberse despertado.

A veces en Bogotá se llenan las cosas de fragancia.
Como en Cali. Como en la infancia de Cali
cuando olían los patios y las aceras junto al río.

Hoy huele en Bogotá el jardín que estaba quieto.
Que estuvo detenido en la oscuridad. Apesadumbrado
por la lluvia que cayó tal vez durante la noche.

Es de repente. Nos hemos puesto a salvo sólo por eso.
¿CÓMO PODRÍAMOS?

....bajo una especie de dosel
que formaban los guayacanes. Y al fondo los
cerros. La tarde que se hubiera detenido.

Eso era así. Cercano. Cualquiera
que se ponga a recordar lo sabe.

Las raíces de los grandes árboles. Las guaduas velludas.
Todo eso recordado ahoracuando nadie ha regresado.

¿Estará lloviendo allá? ¿Se irá a crecer el río? ¿Va a llegar
hasta el parque de los anturios como cuando estábamos
allá?

Aunque realmente ninguno de nosotros ha regresado es
posible pensar en todo. Recordarlos a ellos. Recordar
a la niña. Las manos pequeñas de nosotros
los niños buscando zapotes entre las ramas amarillas.
Cómo era fresco todo ahí. Debajo del gran
árbol de zapotes. La corteza del tronco fría y
los bambúes en lo oscuro.

En verdad nadie ha regresado. ¿Cómo
podríamos volver?

Ya no estaríamos todos. Se murió Carlitos. Se murió
la tía. Sólo con eso perdimos todo. Ya puede entrar
la mañana hasta mi cama. Ya puede rebrillar el
sol en los corozos de la palma. Ya puede el río
por la noche pegar contra las piedras. Nada.

Nada. Nada....

Brane Mozetič

Eres la llovizna que salpica mi cara

Eres la llovizna que salpica mi cara
traes la humedad, suavizas la piel
y la vida se detiene demasiado
ha perdido el futuro y la agudeza

Ya no hay dolor, ni miedo
ni horror, cuando alguien se arroja al río
cuando disparan sobre los vivos, y los cuerpos
sucesivos pasan entre nuestras piernas

Te deslizas por la piel, algo salado, cálido
como en verano, pataleas repitiendo
la misma melodía, sin cesar

me librarás de las sobras, me lamerás
hasta los huesos para que me funda
con la tierra, seré para ti sólo como la lluvia...

¿Ves mis dedos en la oscuridad?

¿Ves mis dedos en la oscuridad?
¿sientes como se pegan en tu
piel, temblando con una fuerza imperiosa
que los impulsa a la profundidad?

O cuando aprieto mis labios contra los tuyos
cuando me aprieto todo contra ti
¿Ves en la oscuridad esta entrega
paz y calma, campo después de la lluvia?

Y, ¿por qué te estremeces cuando me voy
y vuelvo gastado por la lengua de la noche?
¿Ves la muerte en la oscuridad?

No, no la traeré conmigo
desde hace tiempo germina en mí, en ti
crece en nosotros, flor en el campo.

En la noche me abrazas y me aprietas

En la noche me abrazas y me aprietas
miro en tus resplandecientes ojos
tiembblas, como en un sueño mueves
tus húmedos labios, sin sonido, aguzo

el oído para oír la voz al menos
barruntar las imágenes fugaces
los miedos, los deseos, hacia dónde
se alza la cabeza, qué anhelan las manos

No me dejas dormir, me muerdes por todo
el cuerpo, hasta la sangre, hasta el resuello
tengo, dices, tengo que sentirte

después vuelves a apoyarte contra mí
me alivias las heridas como una brizna
susurras las palabras que no existen.

Sospechaste cómo me atraía

Sospechaste cómo me atraía
la gota roja que salía de la herida
me empujaste contra la pared
y vi de lejos aquella sangre

lenta, y pensé que traía
la muerte, pegajosa, cálida
me lancé hacia ti, te arañé, te mordí
te bebí, hasta que me ataste

y, sentado en mí, vertiste tu zumo
sobre mi cuello, mira, sangra tu ternura
y llena nuestros regazos

dice frases insensatas
sobre lo desconocido que se esconde
en esta dulce gota que te dispersa.

Esperándote hasta entrada la noche

Esperándote hasta entrada la noche
me parece de pronto oír un repiqueteo
por el pavimento y los árboles braman
y crujen bajo la luz de luna, como muelas

Destapo el camastro, me recuesto
para que tus manos, tras soltar las riendas
acaricien mi cabello, para que tu rostro
transparente se incline hacia mí

Mira cómo pasan los campos, ciudades
cómo se derrumban los puentes
qué diminutas son ahora las vidas

cuando me miras alejándote del mundo,
me tocas y acaricias con tu fría piel
manchas de oscuridad y ojos enamorados.

Olvidar y dejarse al viento

Olvidar y dejarse al viento
que mueve sus blandos dedos
entre las ramas, que se lleva todo
lejos, cuando el sol toca la tierra

cuando las estrellas llueven del cielo
y como una hoja frágil yaces a mi lado
miramos lejos, fijamente, hacia el más allá
callados, suaves, libres de sobras

te inclinas sobre el agua y hacia dentro
y te maravilla, niño, que exista
un tiempo sin pensar, bello y tranquilo

Olvidar, cuando, abrazados, unimos las bocas
y la lluvia escribe en nuestros rostros
que la vida es el olvido de la muerte.

Combate

El dolor dulce contigo y aún más dulce
la huella de tu sangre, meto despacio
mi mano en ti, nutro tus poros con mi saliva
te unto con mi semen para que te quedas

Comprendiste el deslizarse de la tierra
el entrelazar de dos cuerpos
que no quieren secarse, contactos
de los dientes, que hablan de la soledad

o nidos rotos debajo de los árboles
puños apretados, venas cortadas
el aleteo de las aves en fuga, el jadeo

cuando, febriles, rodamos hacia el abismo
cuando me sonríes y te espero
el día se apaga, te hundes en mí, quebrado.

Víctor Mantilla

De la ciudad

Miremos esta tierra
que ha dado nuestros frutos de asfalto,
viviendas construidas con el humo
de antiguos manantiales
donde duerme el cuicapicque
áspero de un nopal hirviente
que recuerda la nostalgia
de haber sido camino.

Mira como circula
el pulso irregular de su marasmo:
la ciudad ha brotado desde el centro
y se adhiere al común de las pisadas,
mide con paso duro el horizonte,
se comprende en la voz de una mirada,
alimenta su aliento
con todos los escapes,
los incendios de fénix carbonado
predicando con gritos multiformes
los sofismas del dios de lo gerundio.

Si toda existencia fuera eterna

Si toda la existencia fuera eterna
la mosca haría un hueco en la ventana,
un árbol crecería hasta las nubes,
en una sola rama
cabrían los jardines babilónicos
y nunca construiríamos pirámides.

Si la vida siguiera para siempre
quedaríamos sordos con el llanto,
alumbrar fuera rito de los túmulos,
el recuerdo sería un lujo raro.

Si estuviéramos juntos para siempre
nos haríamos costra de la mano,
me escondería en mí para no verte,
te olvidaría al fin, para acordarme.

Si fuéramos eternos e inmutables
nos tragaría el mundo de la nada,
estaríamos sólo diluidos.
Seríamos solubles en el tiempo.

Entropía

¡Que nadie vino al mundo para nada!
Ni siquiera hay metáfora del hombre,
ni infinito continuo que lo nombre:
no es el cosmos de lágrima anudada.

Se ha buscada en el filo de la espada,
en el lánguido escudo del renombre,
pero nunca hemos visto que se asombre
un pedazo de tierra enamorada.

Si las cosas carecen de sentido
la metáfora reina el universo
y la música inicia todo ruido

para vernos nacer desde algún verso
y contarnos la historia de un sonido,
pero nunca hay razón en el esfuerzo.

Arcanos

¿Cómo, coño, se encuentra la sustancia
de un aliento que hoy busca hacerse canto,
cómo cubre el impulso (agreste manto)
tenue o caleidoscópica fragancia?

¿Es preciso saber de nigromancia
para ver en los túmulos el llanto,
en las huestes del verbo el esperanto,
o en las yemas del tiempo la distancia?

¿Cómo ser el sin fin de madrugadas,
el desván de los cuerpos disecados,
un tañer de silencio en los candados

o una lluvia de voz en marejadas?
¿Cómo ser una parte de los muros?
¿Cómo ver en las piedras los conjuros...?

Minucias

Un sonido que, pálida la frente,
pretende ser escucha de sí mismo.

Callando sólo encuentra
el canto de ese grillo que no duerme,
el viento que le zumba a los rincones
de la calle, tormentas
de minucias oscuras que acometen
a esa noche y a un verso desvelado.
Entonces silba y se comprende un poco,
se sabe, se es y palpa en una mueca
capas de llanto o risa.
Se cubre en su sonido, que es él mismo,
se vuelve otra minucia de la noche
y acomete de pronto a un escribano.

Amilcar Osorio (Santa Rosa de Cabal, 1940-1985), hizo estudios en el seminario de Jericó y fue uno de los fundadores del Nadaísmo, junto a Gonzalo Arango, con el apodo de Amilkar U, de quien se distanció luego de haber sido uno de sus más efectivos lugartenientes, viajando a New York y San Francisco durante los años del hipismo. De regreso a Colombia trabajó en diversos oficios, siempre sobre los filos de la navaja, hasta cuando murió, aparentemente ahogado en un lago. Es autor de uno de los mas bellos libros de poemas colombianos: *Vana Stanza* (1984) y de un libro de cuentos *El yacente de Mantegna* (1987).

Víctor Bustamante (Barbosa, 1954) es economista de la Universidad de Medellín, director de *El perro rabioso* y autor de *Luís Tejada: una crónica para el cronista* (1994), *Amábamos tanto la revolución* (1999) e *Historia del estadio* (2001).

Sergio Mondragón (Cuernavaca, 1935), hizo estudios de lengua y literatura japonesa en la UNAM y fue corresponsal de *Excélsior* en Japón, y editor de *El corno emplumado*, la *Revista Latinoamericana de estudios budistas* y coeditor de la antología de poesía japonesa moderna, *Un rebaño bajo el sol*. Uno de sus últimos libros de poemas es *Las eras imaginarias* (1998).

Katalin Ladik (Novi Sad, 1942) recibió una educación bilingüe en serbio y húngaro. Poeta, dramaturga, actriz, su poesía experimental, surrealista y fonética ha aparecido en mas de una decena de libros. Vive en Budapest. Uno de sus más recientes libros es *El vuelo de Ikaró* (2004). Traducciones de **Paul Disnard**, miembro del Instituto Iberoamericano de Belgrado.

Arturo Carrera (Pringless, 1948) es uno de los más notables poetas argentinos y ha publicado unas dos decenas de libros de poesía. Su obra ha sido traducida a varios idiomas. El texto de Severo Sarduy sobre Carrera permanecía inédito.

Judith Beveridge (Londres, 1956), vive en Australia desde los años sesenta, donde enseña literatura en las Universidades de Sydney y Newcastle. Editora de poesía de la revista *Meajin*, también ha colaborado con el Australiam Council. Sus tres libros de poesía son *The Domesticity of Giraffes* (1987), premio Dame Mary Gilmore; *Accidental Grace* (1996) y *Wolf Notes* (2002). Traducciones de Juan Garrido.

Gonzalo Mallarino (Bogotá 1958), ha publicado varios libros de poemas y de narrativa, entre ellos *Los llantos* (1988), *La ventana profunda* (1995) y *La tarde, las tardes* (2000), con los que ha recibido varios premios. Es profesor de literatura en el Gimnasio Moderno de Bogotá.

Brane Mozetic (Ljubljana, 1958), ha traducido a su lengua numerosos poetas franceses y publicado una decena de libros de su poesía. Es autor de una antología de poemas homoeróticos eslovenos del siglo XX. Los sonetos que publicamos fueron traducidos por Marjeta Drobnic.

Víctor Mantilla (Ciudad de México, 1983). Los poemas que publicamos pertenecen a su libro inédito *Tropos y entropismos*. Es coautor de la *Antología histórica de la poesía mexicana del siglo XX* que aparecerá próximamente bajo el sello del Fondo de Cultura Económica.

La foto de la portada es de **Amílcar Osorio** en los muelles de San Francisco.

LOS LIBROS DE ARQUITRAVE EDITORES

ENTRE NUESTROS AUTORES FIGURAN

ELKIN RESTREPO
AFFONSO ROMANO DE SANT'ANNA
CARLOS JIMÉNEZ
CHARLES BUKOWSKI
CRISTINA PERI ROSSI
DU FU
FERREIRA GULLAR
KONSTANDINOS KAVAFIS
MANUEL BANDEIRA
MONTALE, UNGARETTI Y QUASIMODO
PAULINA VINDERMAN
RAÚL RIVERO
T.S. ELIOT
LAWRENCE FERLINGHETTI
BOB DYLAN
HAROLD ALVARADO TENORIO
CHARLES BAUDELAIRE
ALBERTO DA COSTA E SILVA